



EL OMBLIGO DE ADÁN

“Muy señor mío y mi venerado dueño. Con motivo de la próxima festividad del Santo Nacimiento renuevo a Vuesa Señoría mi más rendido respeto, deseoso logre las mayores satisfacciones que fuere de su agrado. Le envió una carga de naranjas con un propio, esperando sean dignas de su paladar y del de vuesa esposa y nuestra señora.

Valencia, 17 de diciembre de 1763”.

-¡Este Manuel Salvador nunca pierde ocasión para congraciarse conmigo después del chasco de la acequia!- Exclamó el marqués, don Cristóbal, recién llegado de la Corte, arrojando la felicitación sobre un buen montón de cartas misivas y papeles de administración que le había preparado su secretario para despachar antes de almorzar.

El frío arreciaba fuera del palacio de los Córdova en Algarinejo (Granada), la villa preferida por los titulares de su señorío, al darle nombre a su abolengo y hallarse equidistante de todas sus posesiones en Granada, Córdoba y Málaga, donde radicaban medio centenar largo de sus mayorazgos. Hacía poco que sus señorías habían vuelto de la Corte. Se acercaba la Navidad y don Cristóbal iniciaba su periplo habitual de Madrid hasta sus Estados andaluces para pasar esas fechas tan entrañables con su familia en tierras más templadas y entre los suyos, lejos del fárrago de Madrid.

El resto de la mañana la había dedicado a pasearse por las estancias del palacio donde había nacido y transcurrido su infancia jugando, siendo filio con sus hermanas y escondiéndose del severo ayo que le enseñó sus primeras letras. Precisamente sobre su niñez versó el sueño que le abordó de manera reparadora mientras echaba la siesta, recostado en su enorme silla cordobesa de enea y olivo, a la lumbre de una enorme chimenea.

Sin embargo, pasada apenas media hora, unos pasos decididos y el taconeo de unas botas sobresaltaron a don Cristóbal.

-¡Señor, es Santaella, le trae un presente!- Exclamó su camarero, al terminar de abrir la puerta del salón.

-Excelencia- dijo el criado del marqués, mientras se inclinaba y hacía una cortés reverencia, sombrero en mano, en signo de obediencia y respeto- *Confío en que su viaje haya sido cómodo. Le traigo unas figuras del imaginero Torcuato Ruiz del Peral para el ornato de su famoso belén... Su estofado es primoroso y me dijo que había invertido varios meses en terminarlas.*

-¡Ah, sí... el encargo al escultor!- Recordó con satisfacción el marqués, mientras suspiraba aliviado. Le molestaban las evasivas dadas por el artífice granadino en otras ocasiones, cuando demoraba la entrega de sus encargos, excusándose con que ‘en invierno, sus labores se demoraban necesariamente por ser la estación de común fría y lluviosa, lo que trastocaba y alargaba los tiempos necesarios para la aplicación de la policromía’.

Durante unos minutos, el dueño de tantos oficios, villas y vasallos apreció la maestría del artista, fascinado por la naturalidad anatómica y el verde vivo de las hojas que cubrían pudorosamente el cuerpo de nuestra primera madre; así como la angustia reflejada en su rostro, demudado por la condena divina, los cuidadosos pliegues del ropaje del ángel y sus largos cabellos.

Don Cristóbal se dirigió a un bufete de nogal, cogió una llave dorada diminuta y sacó de uno de sus cajones el borrador con las figuras que debía tener el Nacimiento familiar y leyó en voz baja el siguiente asiento, que permanecía aún sin tachar: "El padre Adán y la madre Eva, ambos desnudos, pero con postura decente. Adán y Eva cubiertos de hojas de higueras, avergonzados por la reprensión de Dios, y como saliendo del Paraíso, temerosos del Ángel. La serpiente se enrosca en un árbol muy hermoso".

-Es la escena que faltaba para que nuestro belén sea mejor que el de la Corte. ¿Qué digo? Más pujante que el de Roma. ¡Que el secretario libre 50 reales de las arcas para que el mayordomo los remita a Granada!- dijo con la decisión de alguien que está acostumbrado a mandar, mientras entregaba todas las figuras a su Camarero, para que las colocara en su sitio.

Una hora después, tras tomar chocolate y tostones de pan con el vicario de arzobispado, a su paso por la capital del marquesado, don Cristóbal tomó su bastón y se dirigió con paso vacilante a una sala contigua. La estancia estaba cuajada de cuadros con retratos de miembros de su linaje. Su silencio sepulcral solo era quebrantado por el tictac cadencioso de un reloj de caja. En una de sus paredes destacaba una enorme estantería y tras sus nítidos vidrios podían verse las escenas del Nacimiento de Jesús, que había heredado de su madre.

Satisfecho por ver, al fin, completas las escenas bíblicas, conforme las había admirado en el Nacimiento del Príncipe, un fugaz desasosiego invadió su ánimo. Se empinó para ver mejor los detalles de las nuevas figuras y comprobó, desolado, que ¡Adán no tenía ombligo!

-¡Pardiez! ¡Todo lo que tiene de diestro lo tiene de despistado el dichoso maestro Torcuato!

Sin embargo, al estupor inicial le asaltó una duda que, en cierto modo le tranquilizó. No estaba seguro si el Creador hizo a Adán con esa cicatriz que portamos todos los nacidos de madre.

- Bueno, en todo caso no es nada irreparable. Al fin y al cabo, mañana comienza la Pascua de Navidad.- Y, por un instante, el señor marqués se quedó ensimismado, al evocar los regocijos navideños de su lejana infancia.



Miguel Gómez Vozmediano
Sección de Referencia (SNAHN)

[9ª Historia Imaginada en la Sección Nobleza del AHN \(Diciembre 2012\)](#)